

Testimonio: «Cuando Antonio Rodríguez Huéscar, mi padre...»

Testimony: «When Antonio Rodríguez Huéscar, my Father...»

Eva RODRÍGUEZ HALFFTER

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.11>

Cuando Antonio Rodríguez Huéscar, mi padre, escribió estas cartas yo no había nacido. No fui, por tanto, testigo del malestar, que es casi desesperación, que se advierte en ellas. Pero reconozco ese estado de ánimo porque ni mucho menos cesó cuando nos trasladamos, toda la familia, de Tomelloso a Madrid en 1945.

Los años duros de la posguerra, mi primera infancia, fueron para Antonio de desazón, desorientación, desasosiego y profundo desaliento, años de crisis profunda y dispersión vocacional. La inseguridad que expresa en una de las cartas sobre su vocación filosófica debió perdurar, porque ensayó otros caminos: la literatura, el cine. El arte y la literatura fueron siempre, mucho más que aficiones, auténticos focos de interés en su vida: era un lector apasionado de literatura y su gusto por la pintura fue para él fuente constante de satisfacción y bienestar. En ambas cosas probó suerte, con resultados bastante notables en las dos (su novela *Vida con una diosa* fue finalista del Premio Nadal). El cine, por otra parte, actuó en él como una verdadera seducción (fue esta una afición que compartió siempre con Julián Marías y que dio pie a largas conversaciones entre ellos). En 1949-1950 se matriculó en la escuela de cine, el llamado Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, creado en 1947, y posteriormente formó parte de un grupo de alumnos y profesores de esta escuela, entre los que figuraban Bardem, Berlanga y Antonio del Amo, que fundó la productora Altamira, participando Rodríguez Huéscar en dos de sus películas: *Día tras día* (1951, dirigida por Antonio del Amo) y *Esa pareja feliz* (1953, ópera prima de José Luis García Berlanga y Juan Antonio Bardem, sus directores). No hace mucho tiempo, revisando papeles del archivo de Rodríguez Huéscar, encontramos una lista de posibles guiones para películas, así como el guión completo de una prueba para su segundo curso en la escuela de cine (1950-1951), un corto titulado *Un drama*, «adaptación muy libre» del cuento de Chéjov del mismo título, que rodó con algunos compañeros en el madrileño Parque del Oeste. Pero, no obstante su evidente interés en todo esto, «la órbita de las vivencias estéticas», como lo expresa él en su carta, no abandonó la filosofía, y mucho menos su vínculo con su maestro, con Ortega. Porque la filosofía, eso que él llama en una de las cartas «practicar, por encima de todo, el heroísmo de pensar» era, al fin, y no obstante

sus dudas, su auténtica vocación. Volvió a ella, a la filosofía, quizá todavía desazonado pero con la certidumbre de que ahí estaba su vida. Y por insistir, a riesgo de cansar, en la metáfora del naufrago, Ortega fue su faro, su salvavidas y su puerto. Toda su vida, siempre.

Siempre. Ortega fue guía, modelo de vida deseable, maestro. El despacho de Huéscar en el pequeño piso de Argüelles donde pronto vivimos en Madrid estaba presidido por una foto grande, tamaño retrato, de Ortega hecha por el fotógrafo Nicolás Muller. Había además, colgadas en la pared, otras dos fotos de Ortega más pequeñas, montadas con marco: una entre sus libros, y otra que era ampliación de una foto tomada durante una excursión universitaria a Zorita de los Canes (Guadalajara), en la que se ve a Ortega sentado en el suelo rodeado de un grupo de alumnos (entre los que no está Antonio, aunque sí aparece en otras fotos de esa misma excursión), uno de los cuales es indudablemente Julián Marías. Estas fotos estuvieron siempre junto a mi padre, en todas nuestras casas de Madrid y en las de Puerto Rico, porque cruzaron el Atlántico con nosotros cuando, irremediablemente, emigramos. No se separó jamás de ellas. Eran nuestros dioses manes (o mejor dicho, los suyos): velaban por su vida, por su quehacer, por su integridad.

Antonio tuvo varias ofertas para marchar a América. No aceptó ninguna hasta después de la muerte de Ortega, y yo estoy segura de que este hecho, la desaparición de su maestro, fue una de las razones por las que al fin aceptó marchar en 1956, acaso la razón principal. Bien es verdad que esta última oferta de trabajo, la de Puerto Rico, provenía de una universidad cuyo programa de estudios para el campus de Río Piedras había sido concebido sobre principios orteguianos por Jaime Benítez, su rector desde 1942. Era un verdadero modelo de universidad donde impartieron cursos algunos de los intelectuales más distinguidos de entonces de Europa y América, y, desde luego, gran parte del exilio español (Pedro Salinas, Marías, Gaos, Américo Castro, Sánchez Albornoz, García Pelayo, Francisco Ayala, Jorge Guillén...). Atrajo asimismo a figuras de la talla de Juan Ramón Jiménez y Pablo Casals. Sin duda este hecho, el que la oferta proviniera de esta institución, fue también importante para su decisión.

He leído y releído estas cartas entre Antonio y Ortega y Gasset. Al fin, después de tomar conciencia, quizá por primera vez, de la profunda angustia que reflejan, otro aspecto empieza a dibujarse. Es el discípulo que, de algún modo, «pide cuentas» al maestro: le pide ayuda con desesperación, sí, pero también le pide que vuelva, que dé testimonio de su valía, que se afirme. Y lo pide con una fuerza, con una seguridad, que a mi juicio parecen indicar auténtica cercanía. No sé si Antonio era correspondido por Ortega en este sentimiento de cercanía; probablemente el interés de Ortega fuera más genérico, un interés en sus discípulos en general. Pero a mí me sorprende el tono, sobre todo el de la primera carta, que es a veces hasta conminatorio. Y modifica en cierto modo mi imagen de mi padre con respecto a Ortega. Antonio, en principio, se dirige a Ortega como un «áncora de salvación», que no es poco. Pero también le dice: «quiero salirme de mi papel de discípulo» y dirigirse a él como «hombre concreto»; busca asimismo encontrar en Ortega «al hombre más bien que al profesor o al maestro», lo cual se atreve a hacer, dice Antonio, por su gran necesidad de orientación y «por mi fe inalterable en Vd.».

Quiere también, casi exige, que el maestro confirme aquella esperanza que antaño había expresado sobre la generación de Antonio, quiere saber si sus palabras eran simple «estratagema pedagógica». Es decir, necesita saber si su maestro cree en él en alguna medida, aunque dice sentirse «indigno de su confianza». Y añade más adelante: «Estas cosas que le estoy diciendo tal vez le parezcan impertinencias, tal vez lo sean...»: Antonio sabía que estaba traspasando las líneas de una relación puramente discipular. Y resume así el sentido de su apelación:

«D. José... le necesitamos y vivimos de la esperanza de volverle a tener cerca –con todo lo que implica este hecho de su cercanía–». Esto es: tiene Vd. que volver, es necesario para nuestra vida.

Otra cuestión que en aquellos años preocupaba a Antonio de modo acuciante era el volver al trabajo intelectual. Por ello –escribe en su carta– busca un tema para su tesis doctoral (que no haría hasta los años de Puerto Rico), y dice: «me he acostumbrado a pensar la tesis doctoral como algo distinto de lo que suele ser en España, a saber: algo formulario, muerto...». Desea que su tesis verse sobre el pensamiento de Ortega, no entiende por qué un doctorando español no puede hacerlo, no puede trabajar sobre Ortega (yo tampoco, porque han cambiado mucho las cosas) y añade: «Esto se me antoja casi una ridiculez, o... tal vez peor...». Y más adelante: «Es posible que sea hasta indelicado que yo le hable a Vd. en estos términos... ¿Qué importa que no haya hecho Vd. todavía su “gran exposición sistemática”?». Estas son ya palabras mayores. Entiendo que Antonio, al aludir en esos términos a la obra de Ortega, estaba repitiendo algo que se había dicho sobre ella y por eso escribe la frase entrecomillada. Aun así: ¿no parece un atrevimiento excesivo por parte de un discípulo?

Los años de guerra habían trastocado de forma brutal la vida de Antonio, como la de tantas personas, y la necesidad de volver a algún remedo de normalidad le impulsó a buscar ayuda allí donde tenía la profunda convicción de que podía encontrarla: en Ortega. Pero la necesidad era imperiosa, no dejaba lugar para fórmulas de cortesía o de compromiso porque Antonio vivía entonces el «vértigo» (palabra suya) de una verdadera crisis (y de eso sí tengo yo algunos recuerdos infantiles). Quizá Ortega lo entendiera así y su respuesta no decepcionó a Antonio, que en la segunda carta se muestra visiblemente más sereno y, cómo no, muy agradecido.

**METAFÍSICA DE LA
VIDA HUMANA**

**METAPHYSICS OF
HUMAN LIFE**

